

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIV

Octubre de 1937

Núm. 148

Puntos de vista

Chile y los viajeros extranjeros

SON muchos los viajeros que han pasado por Chile y nos han dado una interpretación de nuestro país. Si algún curioso investigador se dedicara con espíritu penetrante, con sentido seguro de la vida chilena, a estudiar y comparar esas notas sobre la realidad y el carácter chilenos y redujera a síntesis las observaciones, podría darse un libro de indudable hondura interpretativa. Jacques de Lauwe, el escritor francés que pasó por Chile no hace mucho— nadie advirtió este paso hasta el momento en que una casa editorial de Santiago tradujo del francés la obra de Lauwe, LA AMÉRICA IBERICA—viajó por toda la América hispana y, como resultado de ese viaje, escribió a su regreso a Francia, este libro que no ha sido recibido en todas partes con demasiada benevolencia. El viajero nunca puede saber si sus observaciones agradarán a todos. La psicología del sudamericano es en este punto bastante irascible o susceptible y no le agrada que de su país se diga lo que en cambio le agradaría se dijera de otros. Por lo demás, es lo humano y lo lógico.

El libro está lleno de interesantes observaciones sobre la vida, la política, la economía y la sociedad de los pueblos de América Ibérica. De Lauwe encuentra como principal característica la anarquía. Todo lo que se puede decir es que por su lengua, observa el escritor francés, sus tradiciones y su gusto, por el juego de las ideas, es de la civilización latina de la que se halla menos distante;

el materialismo americano y la racionalización alemana no la seducen. Como se sabe atrasada en el camino del progreso, necesita un modelo y es el ideal latino el que menos choca a su genio. Pero de esto a considerar a la civilización iberoamericana como hermana de la nuestra, hay distancia. Sólo lo equívoco de los términos ha permitido una asimilación respecto de la cual ninguna desconfianza será excesiva. Las dos civilizaciones, por las apariencias, tienen, sin embargo, dos almas que se oponen por sus caracteres profundos. Roma amaba la lógica y el derecho, la América ibérica ama el juego y la aventura; Francia es cartesiana y económica, América ibérica sentimental y anárquica. Es más fácil a un francés penetrar el carácter de un inglés que comprender en sus fibras íntimas la naturaleza de un iberoamericano».

Y todavía expresa que la anarquía reina más o menos en todas partes; las provincias tienen su política, los gobernadores proceden como les parece y nadie los entaba, pues a menudo se hallan separados de la capital por semanas de marcha. Ahora bien, para que un país constituya un verdadero Estado moderno, es necesario que tenga «una opinión pública» y para que esta opinión pueda nacer, es necesario que el país pueda sentir, comprender y reaccionar en todas partes al mismo tiempo.

Encuentra de Lauwe, además, un exceso de población negra en muchos de los países iberoamericanos y esto indudablemente contribuye aún más a intensificar la anarquía y a hacer imposible por ahora ese espíritu de unidad que él echa de menos y que en cambio en los países de Europa, forman la base indestructible del carácter. El gran problema de esos pueblos lo constituye la población de color—Chile carece de ella—que ofrece resistencias profundas para ser incorporada a la civilización.

Por lo que se refiere a Chile, sus impresiones son más bien favorables. Encuentra aquí una estructura política avanzada, una nación fácilmente penetrada por las corrientes europeas. Chile es para de Lauwe una isla. Con lo cual no hace sino afirmar el individualismo irreductible del carácter chileno. El chileno

no es muy dado a la fantasía; es sobrio y hasta un poco deslabazado, si se quiere sólido en su carácter, y su parquedad de palabras, y cierta curiosa reserva, parecida a la desconfianza, han hecho, sin duda, que se le tildé de desprovisto de imaginación. Por lo menos, estas parecen ser siempre las primeras impresiones que el extranjero recibe al ponerse en contacto con el chileno. Un fenómeno en que no reparó Monsieur de Lauwe, al tratar de penetrar en la realidad chilena, fué en ese especial sentido del equilibrio que domina en este país. Equilibrio prodigioso que le ha permitido sobrepasar sin grandes riesgos, las más extrañas aventuras políticas, y sin perder en ningún instante la estabilidad de sus instituciones, la segura fuerza interna que lo contiene en un límite de prudencia y buen sentido. Sólo de paso, de Lauwe consagra algunas líneas al paisaje, a la estructura geográfica con lo cual se podría explicar en parte las modalidades de este país que bate por un costado un mar en perpetuo rezongo y agitación y por el otro un bastión formidable, una cordillera áspera y dominante.

Chile es quizás, entre los países iberoamericanos, el que tiene una administración pública más perfecta y resistente. Esta administración obra sobre la mentalidad al modo de una mística. Es la mística práctica, la que crea con su volumen, algunos de los rasgos esenciales de la naturaleza misma del individuo. El respeto a las formas establecidas por una tradición ya larga, contiene los excesos de la demagogia o los impulsos revolucionarios. Las revoluciones de los últimos años, aunque pacíficas, se estrellaron casi todas en ese cuerpo inmenso que es la administración y no pudieron prevalecer contra él. Media población está ligada a ese organismo administrativo, en el cual han encontrado su razón de existencia miles de familias. Al amparo de la organización burocrática, se desenvuelve gran parte de la existencia chilena. Los gobiernos la contemplan y la respetan y las leyes de previsión social, las cajas para empleados, los organismos de salud, constituyen otros tantos elementos de contención y de seguridad. La formación de la República fué paralela a la formación de esa administración. Cuando otros

países aun vegetaban y otros aun vegetan en un primitivismo administrativo bastante deficiente, ya Chile había formado el segundo Estado con su cuerpo de funcionarios, que movilizaban a lo largo del país, todo el carro de los intereses y de la riqueza controlada.

Por su parte, la educación pública ha impreso un sello muy propio al país y sus liceos y escuelas funcionan con regularidad, alimentando poco a poco, es cierto, la cultura general. La unidad del programa ha permitido una ampliación uniforme de la educación de un extremo a otro de la nación. Todo esto y algo más, no lo anotó de Lauwe. Y es lástima.

El libro de Jacques de Lauwe es interesante, sin duda alguna. Y agrega un rasgo más a la serie de rasgos con que los viajeros europeos de todos los tiempos, han tratado de estudiar el alma contradictoria, sentimental, anárquica, tumultuosa y fatalista a un tiempo de estos pueblos.